

IVAN JABLONKA

LA HISTORIA  
ES UNA LITERATURA  
CONTEMPORÁNEA

*Manifiesto por las ciencias sociales*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ECUADOR - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2014  
Primera edición en español, 2016

---

Jablonka, Ivan

La historia es una literatura contemporánea : manifiesto por las ciencias sociales / Ivan Jablonka. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2016.

348 p. ; 21 x 14 cm. - (Historia)

Traducción de: Horacio Pons.  
ISBN 978-987-719-114-1

1. Historia. I. Pons, Horacio, trad. II. Título.  
CDD 909.8

---

Armado de tapa: Juan Balaguer

Título original: *L'histoire est une littérature contemporaine. Manifeste pour les sciences sociales*  
ISBN de la edición original: 978-2-02-113719-4  
© 2014, Seuil

*Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.*

Esta obra ha beneficiado del apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

D.R. © 2016, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-114-1

Comentarios y sugerencias: [editorial@fce.com.ar](mailto:editorial@fce.com.ar)

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11723

## ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i> .....	9
<i>Introducción</i> .....	11

### *Primera parte*

#### LA GRAN SEPARACIÓN

I. <i>Historiadores, oradores y escritores</i> .....	27
II. <i>La novela, ¿madre de la historia?</i> .....	53
III. <i>Historia-ciencia y “microbios literarios”</i> .....	77
IV. <i>El retorno de lo reprimido literario</i> .....	107

### *Segunda parte*

#### EL RAZONAMIENTO HISTÓRICO

V. <i>¿Qué es la historia?</i> .....	127
VI. <i>Los escritores de la historia-ciencia</i> .....	149
VII. <i>Las operaciones de veridicción</i> .....	169
VIII. <i>Las ficciones de método</i> .....	195

### *Tercera parte*

#### LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

IX. <i>De la no-ficción a la literatura-verdad</i> .....	227
X. <i>La historia, ¿una literatura bajo coacción?</i> .....	261
XI. <i>El texto-investigación</i> .....	293
XII. <i>De la literatura en el siglo XXI</i> .....	317

<i>Índice de nombres</i> .....	333
<i>Índice analítico</i> .....	343

## AGRADECIMIENTOS

MI LIBRO se benefició de los consejos y las observaciones de Sarah Al-Matary, Ludivine Bantigny, Christophe Charle, Quentin Deluermoz, Pauline Peretz y Claire Zalc.

Tengo una gran deuda con Séverine Nickel, cuyo interés y apoyo son de enorme significación para mí.

El historiador Maurice Olender, mi editor, es a la vez un consejero, un interlocutor y un amigo.

## INTRODUCCIÓN

¿PODEMOS imaginar textos que sean a la vez historia y literatura? El desafío solo tiene sentido si da origen a nuevas formas. La historia y la literatura pueden ser, la una para la otra, algo más que un caballo de Troya.

Mi idea es la siguiente: la escritura de la historia no es una mera técnica (anuncio del plan, citas, notas a pie de página), sino una elección. El investigador se encuentra frente a una *posibilidad de escritura*. De manera recíproca, una *posibilidad de conocimiento* se ofrece al escritor: la literatura está dotada de una aptitud histórica, sociológica, antropológica.

Debido a que en el siglo XIX la historia y la sociología se separaron de las bellas letras, el debate suele tener como basamento dos postulados: las ciencias sociales no tienen una dimensión literaria, y un escritor no produce conocimientos. Habría que escoger entre una historia que sea “científica”, en detrimento de la escritura, y una historia que sea “literaria”, en detrimento de la verdad. Esta alternativa es una trampa.

En primer lugar, las ciencias sociales pueden ser literarias. La historia no es ficción, la sociología no es novela, la antropología no es exotismo, y las tres obedecen a exigencias de método. Dentro de ese marco, nada impide que el investigador escriba. Huyendo de la erudición que se vierte en un no-texto, puede encarnar un razonamiento en un texto, elaborar una forma al servicio de su demostración. Conciliar ciencias sociales y creación literaria es intentar escribir de manera más libre, más justa, más original, más reflexiva, no para relajar la cientificidad de la investigación sino, al contrario, para fortalecerla.

En efecto, si la escritura es un componente insoslayable de la historia y las ciencias sociales, lo es menos por razones estéticas que por razones de método. La escritura no es el mero vehículo de “resultados” ni el paquete que uno ata a las apuradas, una vez terminada la investigación: es el despliegue de esta, el cuerpo de la indagación. Al placer intelectual y la capacidad epistemológica, se agrega la dimensión cívica. Las ciencias sociales deben discutirse entre especialistas, pero es fundamental que también pueda leerlas, apreciarlas y criticarlas un público más amplio. Contribuir mediante la escritura al atractivo de las ciencias sociales puede ser una manera de conjurar el desamor que las afecta tanto en la universidad como en las librerías.

En segundo lugar, deseo mostrar en qué aspecto la literatura es apta para explicar lo real. Así como el investigador puede encarnar una demostración en un texto, el escritor puede desplegar un razonamiento histórico, sociológico, antropológico. La literatura no es necesariamente el reino de la ficción. Adapta y a veces anticipa los modos de investigación de las ciencias sociales. El escritor que quiere decir el mundo se erige, a su manera, en investigador.

Porque producen un conocimiento sobre lo real, porque son capaces no solo de representarlo (la vieja mimesis) sino también de explicarlo, las ciencias sociales ya están presentes en la literatura: cuadernos de viaje, memorias, autobiografías, correspondencias, testimonios, diarios íntimos, historias de vida, reportajes, todos esos textos en los que alguien señala, pone, consigna, examina, transmite, cuenta su infancia, evoca a los ausentes, rinde cuentas de una experiencia, traza el itinerario de un individuo, recorre un país en guerra o una región en crisis, investiga un hecho de la crónica menuda, un sistema mafioso, un medio profesional. Toda esa literatura revela un pensamiento historiador, sociológico y antropológico, provisto de ciertas herramientas de inteligibilidad: una manera de comprender el presente y el pasado.

Las siguientes son, pues, las preguntas que este libro procura responder:

- ¿Cómo renovar la escritura de la historia y de las ciencias sociales?
- ¿Se puede definir una literatura de lo real, una escritura del mundo?

Estas dos preguntas convergen en una tercera, más experimental: ¿pueden concebirse textos que sean a la vez literatura y ciencias sociales?

La reflexión sobre el modo de escribir la historia existe desde que esta existe. Hace dos siglos y medio, Voltaire señalaba que “se ha dicho tanto sobre esta materia, que aquí hay que decir muy poco”.<sup>1</sup> Fueron menos las preguntas sobre lo que las ciencias sociales aportaban a la literatura y lo que esta provocaba en ellas. La razón hay que buscarla en la relativa juventud de esas ciencias. Desde comienzos del siglo xx, la historia y la sociología constituyen una “tercera cultura”, entre las letras y las llamadas ciencias exactas. Las guerras mundiales y los crímenes masivos también repartieron las cartas de otro modo: historia, testimonio y literatura ya no tienen la misma significación desde 1945.

Este libro se ocupa de la literatura permeable al mundo, de la historia-ciencia social, de la investigación en cuanto es método y creación, *epistemología en una escritura*. La historia es más literaria de lo que pretende; la literatura, más historiadora de lo que cree. Una y otra son plásticas y abundantes en extraordinarias potencialidades. Desde hace algunos años florecen iniciativas en todas partes: las revistas, los libros, en Internet y dentro de la universidad. Se percibe un enorme apetito en los investigadores, escritores y periodistas y una enorme expectativa en los lectores.

<sup>1</sup> Voltaire, “Histoire”, en Jean d’Alembert y Denis Diderot (comps.), *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, vol. 8, Neuchâtel, Samuel Faulce & Compagnie, 1765, pp. 220-225.

Esto no equivale a decir que todo está en todo. Están las ciencias sociales, está la literatura: hay una línea de demarcación. Si, como dice Philip Roth, el escritor “no tiene responsabilidad con nadie”,<sup>2</sup> el investigador es al menos responsable de la exactitud de lo que afirma. Quiero simplemente llevar adelante una reflexión sobre los géneros, para ver si la línea de demarcación no puede convertirse en un frente precursor. Explorar una pista, no asestar una norma. “Podemos” en lugar de “es preciso”. Querría sugerir una posibilidad, indicar un camino por el que, a veces, vayamos a caminar.

#### ESCRIBIR LA HISTORIA

Hablar de “escritura de la historia” en sentido fuerte (la escritura como forma literaria, la historia como ciencia social) obliga a interesarse en las relaciones entre literatura e historia. Ahora bien, estos conceptos son tan polisémicos, tan fluctuantes, tan recientes en algunos aspectos, que al compararlos surgen infaliblemente malentendidos.

Primera equivocación: la literatura y la historia mantendrían una relación de identidad evidente. ¿No tenemos en la novela histórica la prueba de ello? De hecho, ese género literario adhiere a una concepción épico-memorial que se remonta a la Antigüedad: la historia, dice Cicerón, se ocupa de hechos “importantes y dignos de recordarse”.<sup>3</sup> La Historia con mayúscula sería lo importante del pasado, un espectáculo en el cual los grandes hombres producen grandes acontecimientos, un fresco donde guerras, revoluciones, conspiraciones, matrimonios y epidemias trastruecan

<sup>2</sup> Philip Roth, citado en *Les Carnets de route de François Busnel*, France 5, 17 de noviembre de 2011.

<sup>3</sup> Marco Tulio Cicerón, *De oratore*, II, 15, 63 [trad. esp.: *Sobre el orador*, Madrid, Gredos, 2014].

los destinos individuales y colectivos. Algunos novelistas se apoderarían de esta “gran Historia” al resucitar a Cleopatra, los gladiadores, la matanza de San Bartolomé, Napoleón, las trincheras, la conquista espacial. Pero la historia es menos un contenido que un proceder, un esfuerzo por comprender, un pensamiento de la prueba. Si las *Memorias de ultratumba* y *Si esto es un hombre* son más históricas que las novelas de capa y espada, no es porque hablen de Napoleón o Auschwitz, sino porque producen un razonamiento histórico.

Con prescindencia del tema, podríamos identificar historia y literatura sobre la base de su vocación narrativa: las dos cuentan, armonizan acontecimientos, tejen una intriga, ponen en escena personajes. La historia se funda entonces en una vasta literatura novelesca, bajo la forma de una “novela verdadera”.<sup>4</sup> Pero ¿es la historia, por fuerza, una saga llena de peripecias? ¿Y la literatura se resume en la novela? Si restringimos aún más el concepto de literatura y fingimos creer que esta consiste en giros agradables y frases equilibradas, la historia se transforma como por arte de magia: bastaría con tener una “bella pluma”, escribir libros que se lean bien, para hacer literatura.

En los años 1970-1980, pensadores como Hayden White, Paul Veyne, Michel de Certeau, Richard Brown, Jacques Rancière y Philippe Carrard establecieron la existencia de una “escritura de la historia” e incluso de una “poética de la historia” (o de la sociología). Pero el hecho de que un investigador cuente o cite no prejuzga respecto del esfuerzo de creación que él consiente. La literariedad de un texto no es lo mismo que su discursividad, donde intervienen la gestión del pasado, la organización de un material documental, el

<sup>4</sup> Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971, p. 22 [trad. esp.: *Cómo se escribe la historia. Foucault revolucionaria la historia*, Madrid, Alianza, 1994].

aparato de la erudición. Es palmario que hay una escritura técnica de la historia, pero no todos los investigadores deciden escribir, ni mucho menos. De hecho, en esta materia, las ciencias sociales distan de haber vivido las mismas revoluciones que la novela en el siglo XX. Si acepta pasar del *discurso* al *texto*, el historiador se fija un nuevo horizonte: ya no la “escritura historiadora”, sino la escritura a secas.

Reflexionar sobre la escritura de la historia supone, por lo tanto, eludir esos falsos encuentros que son la “Historia”, la “novela verdadera” y el “bello estilo”. No por apasionar, contar o armonizar la historia es literatura.

Segunda equivocación, simétrica de la primera: la historia sería una antiliteratura. Para acceder al estatus de ciencia, la historia cortó lazos con las bellas letras, y la sociología se construyó contra los novelistas que se pretendían sociólogos. Asociado al amateurismo, la pretensión, la falta de método, el esfuerzo literario parasita efectivamente el trabajo del investigador. Por otra parte, la idea de literatura connota hoy la ficción; ahora bien, la historia no es ficción. Si lo fuera, perdería su razón de ser, que es aferrarse a “esa antigualla, ‘lo real’, ‘lo auténticamente sucedido’”.<sup>5</sup> No produciría conocimiento sino una versión de los hechos más o menos convincente. En los años 1970-1980, el *linguistic turn* y el posmodernismo intentaron recusar el alcance cognitivo de la historia asimilándola a la literatura (entendida a la vez como ficción y como retórica).

Tan pronto como se quiere oponer literatura e historia, las cosas son bien tajantes. Por un lado, está la escritura como diversión y, por otro, el trabajo serio. Esta dicotomía explica la relación ambigua que muchos investigadores mantienen con la literatura. La utilizan en el marco de su trabajo, se deleitan con ella en privado, pero no la hacen:

<sup>5</sup> Pierre Vidal-Naquet, “Lettre”, citado en Luce Giard (comp.), *Michel de Certeau*, París, Centre Georges-Pompidou, 1987, pp. 71-74.

eso sería rebajarse. La única “escritura” universalmente aceptada obedece a lo normativo: introducción, capítulos, notas a pie de página, con algunas figuras de estilo.

La investigación en ciencias sociales acierta al desconfiar de las bellas letras y la ficción, pero, al repetir en exceso que no tiene nada que ver con el trabajo literario, corre el riesgo de debilitarse: la novela, con su capacidad de problematización y figuración, ejerció una profunda influencia sobre la historia en el siglo XIX. En especial, si se condena la escritura con el argumento de que es cosa de “literatos”, se reducen a la nada sectores enteros de la historiografía. En efecto, de Heródoto a Polibio, de Cicerón a Valla, de Bayle a Gibbon, de Michelet a Renan, todos los avances epistemológicos consistieron asimismo en innovaciones literarias. Por eso el desprecio de la escritura puede llegar a pagarse muy caro.

Reflexionar sobre la escritura de la historia implica pues rechazar los anatemas. El hecho de que la historia sea método, ciencia social, disciplina profesionalizada no significa que ya no tenga nada de literaria.

La escritura de la historia: ¿evidencia o peligro? ¿Toda historia será literatura? ¿Ninguna historia será literatura? La única manera de escapar a esta oscilación estéril es procurar que la aspiración literaria del investigador no sea una renuncia, una actividad recreativa luego del “verdadero” trabajo, un reposo del guerrero, sino un beneficio epistemológico; que signifique progreso reflexivo, intensificación de la honestidad, crecimiento del rigor, exposición del protocolo, discusión de las pruebas, invitación al debate crítico. Querer escribir las ciencias sociales no es, por lo tanto, rehabilitar la Historia, hundirse en la sociografía de café o hacer el elogio del estilo florido. Es volver a los fundamentos de la disciplina, conciliando un método y una escritura, llevando a la práctica *un método en una escritura*. No se trata de matar la historia a golpes de ficción y retórica, sino de volver a

templarla mediante una forma, una construcción narrativa, un trabajo sobre la lengua, en un texto-indagación que se case con su esfuerzo por la verdad. La creación literaria es el otro nombre de la cientificidad historiadora.

El investigador tiene todo el interés en escribir de manera más sensible, más libre, más justa. En este caso, la justeza, la libertad y la sensibilidad están asociadas a la capacidad cognitiva, como cuando se dice que una demostración matemática es “elegante”. Una cronología o unos anales no producen conocimiento, y la idea de que los hechos hablan por sí mismos es una muestra de pensamiento mágico. Muy por el contrario, la historia produce conocimiento porque es literaria, porque se despliega en un texto, porque cuenta, expone, explica, contradice, prueba: porque es un *escribir-veraz*. La escritura, en consecuencia, no es la maldición del investigador, sino la forma que adopta la demostración. No entraña ninguna pérdida de verdad: es la condición misma de la verdad.

Toca a cada uno forjar su escritura-método. Renovar la escritura de las ciencias sociales no consiste pues en abolir toda regla, sino en darse libremente nuevas reglas.

#### LA LITERATURA DE LO REAL

Los rinocerontes dibujados en las paredes de la gruta de Chauvet, hace unos 32 mil años, y los bosques o las iras mencionados en el ciclo de Gilgamesh, más de mil años antes de Homero, muestran que la mimesis es tan antigua como el arte. En el Renacimiento, la perspectiva y la expresividad perfeccionaron la representación del mundo. La novela, bajo sus distintos avatares —novela de caballería en el siglo XII, novela de aventuras o psicológica a partir del siglo XVII, novela social en el siglo XIX—, propone otra forma de realismo, capaz de evocar lo real, describir personas y

lugares, poner en escena acciones, penetrar en el alma humana. Como los pintores con el dibujo y el color, los escritores intentan que las palabras y las cosas se correspondan.

Nadie duda de que se trata de una construcción, por medio de ciertos efectos. Nadie supone que las palabras den un acceso directo a la “realidad”, como si tuvieran a la vez el poder de designar y el de borrarse en el momento en que designan. Pero la ambición de conocimiento que anima toda ciencia se apoya en la certeza de que un texto puede estar en una relación de adecuación con lo real. Como recordaba Tarski en la década de 1930, una teoría es verdadera si y solo si corresponde a los hechos. En la filosofía del lenguaje, el “axioma de identificación” postula que el oyente está en condiciones de reconocer un objeto a partir de un enunciado.

Los historiadores, los sociólogos y los antropólogos tienen una conciencia muy aguda del desfase existente entre sus frases y la realidad, de la dificultad que se presenta para encontrar las palabras justas y de la incomunicabilidad de determinadas experiencias. Ninguno tiene la ingenuidad de querer restituir la realidad “objetiva” o los hechos “tal como son”; pero ninguno puede aceptar la idea de que su palabra esté desligada de las cosas. La investigación no es compatible con la idea de que estamos encerrados en la Biblioteca, zaran-deados de una palabra a otra y una significación a otra, condenados a llorar (o a gozar) por nuestra ruptura con el mundo. Por defectuosa que sea, nuestra palabra es prensil: un texto puede, pese a todo, explicar lo que está fuera del texto. El lenguaje es a la vez nuestro problema y nuestra solución. Por eso conservamos el “coraje de escribir”<sup>6</sup> y contamos historias, recurrimos a imágenes, inventamos tropos, movilizamos símbolos.

<sup>6</sup> Clifford Geertz, *Ici et là-bas. L'anthropologue comme auteur*, París, Métaillié, 1996, pp. 138 y 139 [trad. esp.: *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 1989].

¿Por qué no ha de tener repercusiones en la literatura la convicción de los científicos y los investigadores en ciencias sociales? Todo el problema radica en saber cómo penetra el mundo en un texto. ¿Por la vía del realismo? ¿De lo verosímil? Eso sería fácil de recusar. En la tradición platónica y hasta Barthes, la literatura es una copia de una copia, un *trompe-l'œil*. Los románticos alemanes conciben la Novela como un universo por sí solo, un solipsismo regido por sus propias leyes, que pone en escena su literariedad o la imaginación del escritor. Tras la Segunda Guerra Mundial, en momentos en que el Nouveau Roman anunciaba el fin del realismo tradicional, escritores como Primo Levi, Varlam Shalámov, Georges Perec o Annie Ernaux propusieron otra solución para aprehender lo real: descifrar nuestra vida. Comprender lo sucedido. Hacer de la escritura un “medio de conocimiento, [un] medio de toma de posesión del mundo”.<sup>7</sup> Esa necesidad dio lugar a una literatura profundamente historiadora y sociológica, alimentada por la voluntad de comprender: una manera de rebasar la mimesis por arriba.

Llegamos a la reformulación de la cuestión de las relaciones entre la literatura y lo real: no abordar el tema, tan trillado, de la representación o la verosimilitud, sino determinar cómo se puede *decir algo verdadero en y por un texto*. Para teorizar una literatura de lo real hay que partir, no del realismo, sino de las ciencias sociales en cuanto conducen una investigación. Un texto alcanza su adecuación con el mundo a través del razonamiento. Hay compatibilidad entre la literatura y las ciencias porque el razonamiento ya está instalado en el corazón de lo literario. Eso es lo que muestran, por ejemplo, las historias de vida, las memorias y los grandes reportajes.

<sup>7</sup> Georges Perec, “Pour une littérature réaliste”, en *L. G. Une aventure des années soixante*, París, Seuil, col. La Librairie du xx Siècle, 1992, pp. 47-66.

Esta inversión de perspectiva permite decir adiós al tóxico de la literatura “apartada del mundo” y el de las ciencias sociales áridas de espíritu, incapaces de inventar y carentes de toda ambición estética. Permite también abordar con mayor serenidad la cuestión de la ficción. Puesto que las propias ciencias sociales recurren a ciertas ficciones, controladas y apuntaladas, que son elementos indispensables de la demostración. Inspirada por la letra y el espíritu de esas ciencias, la literatura de lo real ya no está, por lo tanto, obligada a definirse como una no-ficción. No solo informa hechos; los explica por medio de herramientas de inteligibilidad. El conocimiento que produce trasciende el simple relato “fáctico”. Su comprensión engloba y consume la mimesis.

#### EL TEXTO-INVESTIGACIÓN

Este libro propone otro modo de escribir las ciencias sociales y concebir la literatura de lo real, pero en sí mismo no adhiere a una forma particularmente nueva. ¿Por qué esta contradicción? Porque es el heredero y el doble de otro libro, *Historia de los abuelos que no tuve*, que describe la trayectoria de una pareja de judíos polacos comunistas, Matès e Idesa Jablonka, desde su *shtetl* hasta Auschwitz. Ese ensayo de biografía familiar fue la inspiración directa de la presente obra, y esta es su basamento teórico.

A mediados de la primera década de este siglo, defendí mi tesis de doctorado (dedicada a los niños de la Asistencia Pública) y publiqué, al mismo tiempo, una novela, *Áme søur* [Alma hermana] (que cuenta las derivas de un joven entre Picardía y Marruecos); la tesis, en la Sorbona, y la novela, con seudónimo. Esa doble tentativa de historia y literatura “puras” era un poco artificial, aun cuando las dos obras cuentan la historia de niños en duelo, abandonados y engañados.

Al juzgar impensable la posibilidad de conciliar ciencias sociales y creación literaria y, más aún, pretenderlo públicamente, yo vivía en una especie de sufrimiento: “Si llego a ser historiador, la escritura deberá reducirse a un pasatiempo; si llego a ser escritor, la historia ya no será más que una actividad que me dé de comer”. Tuvieron que pasar varios años, varios intentos y varios encuentros para que me decidiera a adoptar una forma pirata, esa *Historia de los abuelos que no tuve*, cuya naturaleza historiadora y literaria es imposible de decidir. Llegaba por fin a lo que quería hacer.

Un texto-investigación y, hoy, su explicitación metodológica. No hay uno sin otro. Pero ese modo de uso tiene también algo de un manifiesto. Diré “yo” porque en él expongo mi convicción y mi práctica; diré asimismo “nosotros” porque somos una comunidad —acaso una generación— de investigadores, escritores, periodistas, editores unidos por una reflexión sobre las ciencias sociales, las formas de la investigación, la escritura del mundo, la necesidad de reinventarse. Está claro que nuestra reflexión no surge de la nada. Tiene sus raíces en las experiencias de nuestros mayores, los éxitos de nuestros predecesores, que, cada uno a su manera, escribieron la historia o dijeron lo real.

Se trata pues de explorar las potencialidades de las ciencias sociales y de la literatura cuando aceptan juntarse. Un objetivo de ese tipo recusa toda norma y, *a fortiori*, toda receta: solo haría falta mezclar los ingredientes, donde la historia aportaría los “hechos” o los “conceptos” y la literatura se encargaría de la “escritura” o de la “sensibilidad”. Pero esta parodia de fecundación exalta aún más las identidades habituales. A la literatura se asociarían la vida, el individuo, la psicología, lo íntimo, la complejidad de los sentimientos; a las ciencias sociales, los temas graves y colectivos, los grandes acontecimientos, la sociedad, las instituciones. Rechacemos la idea de que la literatura solo la escriben los “escritores” y solo la estudian los “literatos”, mientras que la historia

es asunto exclusivo de los “historiadores”. No estamos obligados a creer en las riñas de las viejas parejas: ciencia contra relato, razón contra imaginación, seriedad contra placer, fondo contra forma, colectivo contra individuo.

Las fronteras son necesarias. La historia no es (y no será jamás) ficción, fábula, delirio, falsificación. En este aspecto, la distinción que Aristóteles traza entre poesía e historia, en el capítulo 9 de la *Poética*, es fundacional. Pero la división entre lo que podría pasar y lo que efectivamente pasó no condena al investigador a ser un huérfano de la *póiesis*. Su inventiva archivística, metodológica, conceptual, narrativa y léxica constituye un acto creador en sentido fuerte. Ese investigador hace obra al conjugar una producción de conocimientos, una poética del saber y una estética. El problema, en consecuencia, no es “saber si el historiador debe o no hacer literatura, sino cuál hace”.<sup>8</sup> Se puede decir lo mismo del escritor con las ciencias sociales: el problema no es saber si habla de lo real, sino si se da los medios de comprenderlo.

Lo importante es dejar de avergonzarse. El reto es experimentar colectivamente. Imaginemos una ciencia social que cautiva, una historia que conmueve porque demuestra y que demuestra porque se escribe, una indagación en la que se devela la vida de los hombres, una forma híbrida que podemos llamar texto-investigación o *creative history*: una literatura capaz de decir algo verdadero sobre el mundo.

<sup>8</sup> Jacques Rancière, *Les Noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, Seuil, col. La Librairie du xx Siècle, 1992, p. 203 [trad. esp.: *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996].